



Monica Vitti y Alain Delon en «El Eclipse», de Michelangelo Antonioni

ser, y quizá con igual eficiencia, un agente de la *Smersh*, la terrible organización comunista rival.

El sexo, como el azúcar que atrapa y donde perecen las moscas (aunque aquí se limiten a ser atrapadas por la taquilla), es parte importante en la fórmula. Importante también, además de excelente y gimnástica diversión y "puesta a punto", en el éxito de las hazañas de James Bond. Valga señalar que en su último film, *Goldfinger*, está a punto de fracasar porque la "chica" no es muy susceptible a sus encantos. Sólo cuando consigue devolverla a la normalidad, alcanza el triunfo apetecido. Desde el punto de vista del espectador, que al fin y al cabo y desgraciadamente es el único que nos concierne, es lo bastante cercano como para permitirnos una especie de identificación con el héroe durante la hora y media de proyección. Pero lo bastante alejado como para obligarnos a rechazar la tentación de imitar sus *exploits* en cuanto salimos del cine. La moral, o al menos la convivencia social, queda a salvo.

Si la coca es excitante, el sadismo también lo es. Como los indios del altiplano andino que masean coca para olvidar, o mejor soportar, sus sufrimientos cotidianos, todos, a estas alturas, necesitamos nuestra ración diaria de sadismo para mejor habituarnos a la idea de que vivimos en un mundo y en un tiempo donde el sadismo se ha hecho ley. Ahorro al lector la acostumbrada descripción de los campos de exterminación antisemitas, los impunes genocidios atómicos, etc. Los films de James Bond proporcionan esa ración diaria de droga: olvido, hábito y asimilación en forma legalizada, burocratizada y perfectamente trivial y anodina. Dicen que el hombre normal, el mentalmente sano, es aquél que vive sin disonancias, como una segunda piel, los usos y costumbres de su época. En tal caso, es obvio señalar que James Bond es un excelente antídoto contra la neurosis. Si después de todo esto, añado que James Bond me parece un personaje tremendamente romántico, aseguro que ni pretendo escandalizar ni jugar a las paradojas.

Llego ya al fin, a un somero análisis de la confección, del recipiente, de James Bond. Valga por una vez, ante producto de tales características, la tan superada dicotomía forma y contenido. Los dos primeros films, dirigidos por el artesano Terence Young, participaban ampliamente de la estética del *tebeo*, del *comic-book* por decirlo

más culteranamente: ese sentido del ritmo basado en una sabia y eficaz alternación de planos alejados y próximos, esas angulaciones normales, casi clásicas, con puntos de vista y primeros términos sumamente originales y rebuscados. Una estética de la cual confesaba haber aprendido tanto Alain Resnais, el autor de *Hiroshima mon amour* y *El año pasado en Marienbad*. En el tercero, beneficiado sin embargo con el éxito de los precedentes, la fórmula pierde gran parte de su eficacia y vivacidad y Guy Hamilton pretende aproximarse, sin demasiado éxito, a una más "moderna" sintaxis cinematográfica. Me gustaría ver a un auténtico creador enfrentado con un tema de esta índole. Se dice que Zurlini, el autor de *Crónica familiar*, va a realizar un film basado en *Barbarella*, recientísimo personaje femenino de "comic-book" creado en Francia. Quizás sea ésta la ocasión.

JOAQUÍN JORDÁ

Una escena de la película «El año pasado en Marienbad»

